

20 de septiembre de 2026 – 25.º Domingo del Tiempo Ordinario (Ciclo A)

Is 55,6–9; Flp 1,20c–24.27a; Mt 20,1–16a

INTRODUCCIÓN

Una vez, un maestro entregó a cada alumno un globo y les pidió que escribieran su nombre en él. Luego reunió todos los globos en otra sala. Después les dijo que entraran y encontraran su propio globo lo más rápido posible. En pocos minutos, la sala se llenó de caos, empujones, frustración y confusión. Entonces el maestro cambió las instrucciones: “Tomen cualquier globo y entréguenselo a la persona cuyo nombre está escrito en él”. En pocos momentos, cada alumno tenía su globo. El maestro sonrió y dijo: “Cuando buscamos únicamente nuestro propio beneficio, creamos confusión. Cuando buscamos el bien de los demás, todos reciben lo que necesitan”.

Queridos hermanos y hermanas, el Evangelio de hoy desafía nuestra constante tendencia a compararnos, a hacer cálculos y a medirlo todo. Los trabajadores de la

viña comienzan a perder su alegría cuando empiezan a contar lo que reciben los demás. Pero Dios no ama según nuestros cálculos. Sus caminos son más altos que nuestros caminos y su corazón es más generoso que el nuestro.

San Pablo descubrió profundamente esta verdad. Desde la prisión, enfrentando la posibilidad de la muerte, podía decir: «Para mí, la vida es Cristo». Cuando Cristo se convirtió en el centro de su vida, el miedo dio paso a la libertad y la comparación dio paso a la gratitud.

Al presentarnos hoy ante el Señor, reconocemos cuántas veces la envidia, el resentimiento, el egoísmo y las comparaciones constantes perturban nuestro corazón y nos roban la paz. Pidamos al Señor misericordia y la gracia de alegrarnos por su bondad para con todos.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú nos llamas a alejarnos de los celos y nos enseñas la alegría del amor generoso. Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú acoges incluso a los que llegan al final con compasión y misericordia. Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, sólo Tú eres el tesoro que ni la muerte ni el tiempo pueden arrebatarnos. Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que el Dios cuyos pensamientos no son nuestros pensamientos nos libere de los corazones que comparan y calculan, nos sane de la envidia y del egoísmo, nos enseñe la alegría de la gratitud y de la generosidad, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Porque Dios continúa amándonos sin medida, nos acoge incluso en nuestra debilidad y llena nuestra vida con una gracia que no merecemos, elevemos nuestros corazones en alabanza y cantemos juntos:

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, cuya misericordia supera todo cálculo humano y cuya generosidad nunca falla, enséñanos a poner a Cristo en el centro de nuestra vida, para que, libres de la envidia, del miedo y de la ambición egoísta, podamos alegrarnos por las bendiciones de los demás y reflejar en nuestro mundo la compasión de tu corazón.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

“Los caminos de Dios son más grandes que nuestros cálculos”:

Un anciano agricultor contó una vez que, al acercarse el final de su vida, reunió a sus hijos y nietos alrededor de su cama. Había trabajado durante décadas cultivando la tierra y había logrado construir una vida digna para su familia. Uno de sus nietos le preguntó con inocencia:

“Abuelo, ¿qué es lo más valioso que te llevas contigo?”. El anciano sonrió y respondió: “La fe que he vivido, el amor que he compartido y el Señor a quien he entregado mi vida”.

Esa sencilla respuesta nos ayuda a entrar en el corazón de las lecturas de hoy. Gran parte de nuestra vida la pasamos calculando: cuánto hemos logrado, cuánto poseemos, cuánto merecemos y cuánto merecen los demás. Sin embargo, la Palabra de Dios de hoy nos invita, con suavidad pero también con firmeza, a abandonar esa manera de pensar. Por medio de san Pablo y de la sorprendente parábola de los trabajadores de la viña, somos invitados a contemplar la vida no desde la lógica del cálculo, sino desde la lógica de la gracia.

En la segunda lectura, san Pablo escribe desde la prisión. Está esperando un juicio y sabe que la muerte podría llegar pronto. Sin embargo, de manera asombrosa, escribe: «Para mí, la vida es Cristo y la muerte una ganancia». Estas no son las palabras de alguien cansado

de vivir. Toda la carta a los Filipenses rebosa alegría. Pablo no está huyendo de la vida; está profundamente enamorado de Cristo.

La mayoría de las personas ven la muerte como una pérdida. Al morir dejamos atrás posesiones, logros, títulos e incluso a las personas que más amamos. Como solemos decir: “La mortaja no tiene bolsillos”. Sin embargo, Pablo afirma: «Morir es una ganancia». ¿Por qué? Porque ya había descubierto el secreto de la vida: «La vida es Cristo». Cristo se había convertido en el centro de toda su existencia.

Se cuenta la historia de un sacerdote misionero que trabajó durante muchos años en África. Hacia el final de su vida, alguien le preguntó: “Padre, ¿tiene miedo de morir?”. Él respondió: “¿Por qué habría de tener miedo? Toda mi vida he estado caminando hacia Alguien”. Esa era también la actitud de Pablo. La muerte no era el derrumbe de todo; era el encuentro definitivo con Cristo, a quien amaba.

Por eso Pablo podía enfrentar la muerte con tanta libertad. Aunque otros pudieran quitarle la vida terrena, no podían quitarle la vida que tenía en Cristo. Había descubierto que existe un solo tesoro que no perdemos con la muerte: Jesucristo.

El Evangelio de hoy nos lleva en otra dirección que también nos desconcierta. Jesús cuenta la historia de unos trabajadores contratados para una viña. Algunos trabajaron todo el día bajo el sol ardiente. Otros trabajaron solamente una hora. Sin embargo, al final de la jornada, todos recibieron el mismo salario.

Inmediatamente surge algo dentro de nosotros: “¡Eso no es justo!”. Instintivamente nos ponemos de parte de los trabajadores que soportaron el peso del día. Toda nuestra sociedad está construida sobre el principio de que cuanto más se trabaja, más se gana.

Pero Jesús no está dando una lección de economía. Está revelando el corazón de Dios.

Para comprender la historia debemos recordar el mundo en el que vivió Jesús. Los jornaleros que permanecían en la plaza no eran personas perezosas. Eran hombres desesperados que esperaban ser contratados para que sus familias pudieran comer esa noche. Un denario no era simplemente un salario; era la posibilidad de sobrevivir un día más.

Por eso, cuando el propietario entrega un salario completo incluso a quienes trabajaron sólo una hora, no está siendo injusto con los primeros trabajadores. A ellos ya les había pagado lo acordado. Más bien, está siendo extraordinariamente generoso con los demás.

El dueño de la viña actúa no desde el cálculo, sino desde la compasión.

Existe un hermoso ejemplo moderno. Durante una crisis económica en un país europeo, el dueño de una panadería observó que varios desempleados se acercaban cada tarde poco antes de la hora de cerrar, esperando que alguien les comprara un pan. En lugar de

tirar el pan sobrante, el panadero comenzó a dejar discretamente bolsas de pan junto a la puerta trasera cada noche. Un amigo le preguntó un día: “¿Por qué regalas tanto gratuitamente?”. El panadero respondió: “Porque el hambre no puede esperar a que se decida qué es justo”.

Eso está muy cerca del corazón del Evangelio de hoy.

La generosidad de Dios a menudo nos desconcierta porque no encaja en nuestros cálculos. Como dice Isaías en la primera lectura: «Mis pensamientos no son sus pensamientos, ni sus caminos son mis caminos». Dios no actúa según las matemáticas del mérito. Dios actúa desde la abundancia de su corazón.

Por eso las parábolas de Jesús nos sorprenden tantas veces. El padre recibe al hijo pródigo con una fiesta. El pastor deja noventa y nueve ovejas para buscar una sola. El dueño de la viña entrega el salario completo a quienes llegaron al final.

Una y otra vez, Jesús nos muestra a un Dios que se niega a amar según una aritmética estricta.

Quizás sea porque cada uno de nosotros, tarde o temprano, termina siendo un trabajador de última hora.

Muchas personas pasan años lejos de Dios y sólo más tarde regresan a Él. Algunos descubren la fe después de décadas de indiferencia. Otros cargan heridas, adicciones, fracasos y remordimientos. Algunos sienten que han desperdiciado muchos años.

Hay una conmovedora historia acerca de un prisionero que se convirtió al final de su vida. Después de años de violencia y delincuencia, encontró a Cristo en la cárcel gracias al testimonio silencioso de un capellán. Poco antes de su ejecución dijo: “Llegué a Dios en la última hora, pero Él me recibió como si hubiera estado esperándome toda la vida”.

Ese es el escándalo y la belleza de la gracia.

Si nos identificamos únicamente con los trabajadores que laboraron todo el día, podemos terminar resentidos y amargados, comparándonos constantemente con los demás. Pero si nos reconocemos entre los que llegaron tarde, entre los débiles y los que no merecen nada, entonces este Evangelio se vuelve extraordinariamente consolador.

Una antigua reflexión alemana sobre este Evangelio lo expresa bellamente: los trabajadores comenzaron el día unidos por la misma preocupación: “¿Nos contratará alguien? ¿Podrán comer nuestras familias hoy?”. Pero cuando llegó el momento de repartir el salario, comenzaron a compararse y a hacer cálculos, y su unidad se transformó en celos.

Qué cierto sigue siendo esto hoy.

La comparación destruye la alegría. La gratitud la restaura.

Lo vemos en todas partes: en las familias, en los lugares de trabajo e incluso en la Iglesia. Una persona recibe

reconocimiento y otra se siente ignorada. Una persona parece bendecida y otra atraviesa dificultades. Muy pronto empezamos a calcular: “¿Por qué esa persona tiene más que yo?”.

Sin embargo, el Evangelio nos plantea una pregunta diferente: “¿Por qué no te alegras de que tu hermano también haya recibido bondad?”.

Existe una antigua historia sobre dos monjes que caminaban por un bosque. Uno de ellos se quejaba constantemente: “¿Por qué Dios da más talentos a otras personas? ¿Por qué otros reciben más reconocimiento?”. El monje mayor se detuvo junto a un arroyo y le preguntó: “¿Qué ves?”.

“Veo mi reflejo”, respondió el más joven.

Entonces el anciano lanzó una piedra al agua. El reflejo desapareció entre las ondas.

“La envidia”, dijo el anciano, “es como esa piedra. Perturba tanto el corazón que ya no puedes ver con claridad: ni a Dios, ni a los demás, ni siquiera a ti mismo”.

El Evangelio de hoy nos invita a pasar de la envidia a la gratitud, de la comparación a la generosidad.

La parábola también nos recuerda que el Reino de Dios no se construye con personas calculadoras, sino con corazones generosos. Los primeros cristianos transformaron el mundo antiguo no porque fueran poderosos o ricos, sino porque compartían lo que tenían. Cuidaban de las viudas, alimentaban a los pobres, acogían a los extranjeros y perdonaban a sus enemigos. La gente los observaba y decía: “Miren cómo se aman”.

Ese mismo espíritu es necesario hoy.

Y finalmente, el Evangelio nos devuelve a san Pablo.

Pablo podía enfrentar la muerte con serenidad porque su vida ya no giraba alrededor de posesiones, logros o

prestigio. Cristo era su tesoro. Y cuando Cristo se convierte en el centro, todo lo demás encuentra su lugar adecuado.

La familia se convierte en un don, no en un ídolo. El trabajo se convierte en servicio, no en esclavitud. El éxito se convierte en una oportunidad, no en una obsesión. El dinero se convierte en una herramienta, no en un amo.

E incluso la muerte pierde su aguijón.

Una enfermera contó una vez los últimos momentos de dos pacientes. Uno era un hombre rico que pasó sus últimas horas preocupado por cuentas bancarias, documentos de propiedades y asuntos pendientes. La otra era una mujer sencilla que pasó sus últimos momentos rezando y dando gracias a su familia. Poco antes de morir, sonrió y dijo: “Me voy a casa”.

Ambos estaban dejando este mundo. Pero sólo una de las dos personas era verdaderamente libre.

Las lecturas de hoy nos hacen una pregunta muy personal: ¿Qué es realmente el centro de mi vida? ¿Para qué estoy viviendo? ¿A qué me aferro? ¿Soy capaz de alegrarme por la generosidad de Dios hacia los demás?

Si podemos decir con san Pablo: «Para mí, la vida es Cristo», entonces descubriremos poco a poco la libertad del Evangelio. Ya no viviremos dominados por el miedo, el resentimiento o las comparaciones interminables.

Aprenderemos a confiar en la sorprendente generosidad de Dios.

Y un día, cuando llegue nuestra última hora, también nosotros podremos decir con paz: “Me voy a casa, no con las manos vacías, sino sostenido por la misericordia de Cristo”. Amén.

INVITACIÓN AL CREDO

Unidos no por la comparación sino por la fe, y confiando en el Dios cuyos caminos son más grandes que los nuestros, profesemos ahora juntos la fe de la Iglesia:

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Mientras se presentan el pan y el vino sobre este altar, presentemos también ante el Señor nuestras preocupaciones, nuestras comparaciones, nuestro orgullo herido y nuestro deseo de vivir con mayor generosidad, confiando en que Dios puede transformarlo todo con su gracia, para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor,
los dones que te ofrecemos con humilde gratitud,
y enséñanos, por medio de este sacrificio,
a no buscar nuestro propio interés,
sino el bien de nuestros hermanos y hermanas.
Que esta santa ofrenda profundice en nosotros
la libertad de quienes tienen a Cristo
como su verdadero tesoro.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque en tu sabiduría
no nos tratas únicamente según una estricta justicia,
sino según la abundancia de tu misericordia.

Una y otra vez sorprendes a tu pueblo con tu compasión,
acoges a los pecadores con ternura
y das esperanza a quienes llegan tarde a tu viña.

En tu Hijo, Jesucristo,
revelaste un amor más grande que todo cálculo humano.

Él nos enseñó que la verdadera vida
no se encuentra en las posesiones ni en los logros,
sino en pertenecer completamente a ti.

Por Él, la envidia es vencida por la gratitud,
el miedo por la confianza
y la misma muerte por la promesa de la vida eterna.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Porque Dios es un Padre amoroso que cada día nos da el
pan que verdaderamente necesitamos y nos enseña a
cuidarnos mutuamente con corazones generosos, nos
atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
especialmente de la amargura que nace de la envidia,
del miedo que surge al aferrarnos demasiado a las cosas
terrenas y de la inquietud que proviene de las
comparaciones constantes.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
vivamos siempre libres del pecado
y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que nos enseñaste a alegrarnos por las
bendiciones de los demás
y nos revelaste el corazón generoso del Padre,
no tengas en cuenta nuestros egoísmos y divisiones,
sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad
de acuerdo con tu voluntad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Éste es el Cordero de Dios, que acoge a los débiles, a los
que no lo merecen y a los que llegan al final,
para hacerlos participar de la alegría de su Reino.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, hoy nos recuerdas que la vida no consiste en
contar méritos, sino en recibir la gracia.
Nos llamas a alejarnos de la comparación y del
resentimiento para entrar en la libertad de los corazones
agradecidos.
Enséñanos a valorar lo que verdaderamente permanece.
Que tu presencia se convierta en el centro de nuestra vida,
para que un día, como san Pablo,
podamos afrontar el futuro sin miedo
y abandonarnos completamente en tus manos.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Alimentados con el Pan del cielo,
te rogamos, Señor, que este sacramento nos libere
de los corazones estrechados por el egoísmo y la
comparación y nos fortalezca para vivir con generosidad,
confianza y compasión.
Que Cristo permanezca como el tesoro de nuestra vida
hasta el día en que volvamos a ti en paz.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor libere sus corazones de la envidia y del miedo.

Que les enseñe la alegría de la gratitud y del amor generoso.

Que Cristo permanezca como el centro y el tesoro de sus vidas.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,

Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor no viviendo según el cálculo, sino según la generosidad y el amor agradecido.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«La comparación destruye la alegría.

La gratitud la restaura.

Cuando Cristo se convierte en nuestro tesoro, finalmente somos libres.»

21 de septiembre de 2026 – Lunes

(San Mateo, Apóstol y Evangelista – Fiesta)

Ef 4,1–7.11–13; Mt 9,9–13

“Llamados por la misericordia, formados para la misión.”

Queridos hermanos y hermanas:

INTRODUCCIÓN

Se cuenta la historia de un hombre que recibió una carta mucho tiempo después de haber perdido toda esperanza de volver a saber de su padre, del que estaba distanciado. Durante años hubo silencio, distancia y arrepentimiento. La carta era sencilla: “Nunca he dejado de pensar en ti. Vuelve a casa.” Al principio dudó. Se preguntaba si realmente estaba dirigida a él, si era digno de recibirla, si no había pasado demasiado tiempo. Pero algo en aquellas palabras conmovió profundamente su corazón. No era una exigencia, sino una invitación; no era un juicio, sino una mano tendida.

Todos conocemos, de una manera u otra, lo que se siente en momentos así: un mensaje inesperado, una segunda oportunidad inmerecida, el instante en que alguien da el

primer paso hacia nosotros cuando pensábamos que la relación había terminado para siempre. Esos momentos poseen una fuerza silenciosa. Pueden cambiar el rumbo de una vida.

Hoy, en la fiesta de san Mateo, escuchamos en el Evangelio un momento semejante: una llamada que llega no después de los méritos, sino en medio de las limitaciones; no como recompensa, sino como un regalo. Jesús no espera a que Mateo sea digno; lo llama tal como es.

Y mientras nos reunimos para celebrar esta Eucaristía, reconocemos que el mismo Señor también nos llama, nos encuentra y nos invita, muchas veces precisamente en aquellos lugares de nuestra vida donde preferiríamos escondernos. Conscientes de las veces en que no hemos respondido a su llamada, volvamos ahora nuestro corazón hacia Él y pidámosle misericordia y perdón.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú vienes en busca de los pecadores y los llamas por su nombre: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú te sientas a la mesa con los débiles y ofreces sanación mediante tu misericordia: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú nos llamas por misericordia y nos formas para la misión en tu Iglesia: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso, que nos llama no porque seamos dignos sino porque Él es misericordioso, perdone nuestros pecados, nos fortalezca para seguir a Cristo con mayor fidelidad y nos lleve a la vida eterna. Amén.

INVITACIÓN AL GLORIA

Porque Dios nos llama con amor misericordioso y nos reúne como su pueblo santo para anunciar el Evangelio, unamos nuestras voces y alabemos su gloria diciendo:

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que en tu infinita misericordia elegiste a san Mateo, publicano de profesión, para convertirlo en Apóstol y Evangelista, concédenos que nosotros, llamados por tu gracia, nos levantemos de todo aquello que nos aparta de

ti y lleguemos a ser testigos fieles del Evangelio en el mundo.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Había una vez un maestro de música que observó durante varias semanas a un joven que permanecía cerca de la puerta de la escuela, escuchando desde afuera las melodías que se practicaban dentro. El muchacho parecía interesado, pero nunca se atrevía a entrar. Un día, el maestro salió, se acercó a él y le preguntó: “¿Te gusta la música?”. El joven respondió que sí, pero añadió: “No creo que este sea un lugar para alguien como yo”. El maestro sonrió y le dijo: “Precisamente por eso te estaba esperando. Entra”. Aquella sencilla invitación cambió su vida. Cruzó la puerta no porque se sintiera preparado, sino porque fue acogido.

En el Evangelio de hoy, Jesús hace algo parecido. No

espera a que Mateo lo busque. Pasa junto a él, lo ve sentado en el puesto de los impuestos y le dirige dos palabras sencillas y poderosas: “Sígueme.” Es un momento de pura iniciativa divina. Mateo, como publicano, no era una persona admirada. Muchos lo consideraban comprometido con intereses injustos e incluso corrupto. Sin embargo, Jesús no lo mira con condena, sino con una llamada.

Ese es el corazón de la fiesta que celebramos hoy: Jesús da el primer paso. A diferencia del médico al que acudimos cuando estamos enfermos, Jesús viene a buscarnos. Sale a nuestro encuentro en medio de nuestras heridas y debilidades, no después de que las hayamos resuelto. Mateo no puso primero en orden su vida; simplemente se levantó y siguió a Jesús. La gracia siempre comienza con la iniciativa de Dios.

La famosa pintura de Caravaggio representa maravillosamente este momento. Mateo está sentado a la mesa, con la mano todavía cerca de sus monedas, señalándose a sí mismo como si preguntara: “¿Yo?” Es

una pregunta que muchos llevamos en el corazón: “¿De verdad Dios me está llamando a mí?”. El Evangelio responde con un rotundo sí. No por lo que somos nosotros, sino por quien es Dios: rico en misericordia. Lo que sucede después de la llamada es igualmente impresionante. Mateo ofrece un banquete en su casa y Jesús se sienta a la mesa con publicanos y pecadores. Es una celebración, no de la perfección, sino de la misericordia. Los líderes religiosos se escandalizan, pero Jesús explica claramente: “No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores.” En otras palabras, la mesa está precisamente preparada para quienes reconocen que necesitan ser sanados.

Aquí es donde el Evangelio toca nuestra vida hoy. La Eucaristía que celebramos no es un premio para los perfectos; es alimento para los débiles. Como aquella comida en casa de Mateo, reúne a quienes son conscientes, al menos en alguna medida, de su necesidad de misericordia. Aquí el Señor nos encuentra no como fingimos ser, sino como realmente somos.

La historia de san Mateo también nos recuerda que ser llamados por la misericordia conduce a ser enviados en misión. Quien una vez fue considerado un marginado llega a ser Apóstol, piedra fundamental de la Iglesia y Evangelista que anuncia la Buena Nueva. Dios no solamente perdona; también transforma y confía una misión. La Iglesia misma no está edificada sobre personas impecables, sino sobre personas perdonadas.

Por eso, la pregunta para nosotros no es si somos dignos, sino si estamos dispuestos. ¿Nos levantaremos, como Mateo, de aquello que nos retiene: nuestros hábitos, nuestros temores, nuestras inseguridades? ¿Permitiremos que la misericordia que recibimos aquí transforme la manera en que vemos a los demás, especialmente a quienes pueden sentirse excluidos o rechazados?

Muchos años atrás, una mujer que se sentía olvidada y sola decidió asistir por primera vez a una actividad parroquial. Iba con miedo, esperando ser ignorada. Sin embargo, una familia la recibió con una sonrisa, la invitó a sentarse con ellos y la hizo sentir parte de la comunidad.

Más tarde comentó: “Ese día empecé a creer que Dios todavía tenía un lugar para mí.” De manera sencilla y silenciosa, aquella acogida se convirtió en una continuación viva del Evangelio.

Hoy, al celebrar a san Mateo, recordamos que todos nosotros, de una manera u otra, estamos sentados en aquel puesto de impuestos, esperando sin saberlo. Y Cristo pasa, nos mira con misericordia y nos llama. Llamados por la misericordia, somos formados para la misión: levantarnos, seguirlo y hacer espacio en la mesa para los demás.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones, ofrecidos por quienes han sido llamados por la misericordia y formados para la misión, sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Al celebrar nuevamente la memoria de san Mateo, te presentamos, Señor, nuestros dones y nuestras vidas, suplicándote que tu misericordia nos transforme, así como tu Hijo transformó al Apóstol de recaudador de impuestos en anunciador del Evangelio. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro.

Porque en tu misericordia llamaste a san Mateo desde el puesto de los impuestos a la mesa del discipulado, mostrando que tu gracia busca al pecador y transforma el corazón humano.

En él revelaste que nadie está fuera del alcance de tu compasión

y que quienes reciben tu misericordia son enviados a proclamar el Evangelio.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria, diciendo:

Santo, Santo, Santo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir con confianza al Padre que continuamente llama a sus hijos a volver a casa:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males y concédenos, en tu bondad, ser liberados de los temores, las dudas y los pecados que nos impiden seguirte.

Con la ayuda de tu misericordia, enséñanos, como a san Mateo, a levantarnos cuando nos llamas, a confiar en tu compasión y a convertirnos en instrumentos de tu acogida y de tu paz para los demás, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que llamaste a san Mateo con misericordia y reuniste a los pecadores alrededor de tu mesa en la paz; no tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y conforme a tu palabra, concédele la paz y la unidad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que llama a los pecadores a seguirlo
y alimenta a los débiles con el Pan de Vida.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, tú pasaste junto a Mateo y lo llamaste por su nombre. Tú también pasas junto a nosotros, en medio de nuestras debilidades, nuestras dudas y nuestros anhelos.
En esta Eucaristía nos has acogido nuevamente a tu mesa, no porque seamos perfectos, sino porque tu misericordia es más grande que nuestro pecado.
Enséñanos ahora a levantarnos y seguirte, y a convertirnos para los demás en signo de la misma acogida y compasión que nosotros hemos recibido.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Al participar en el gozo de la salvación
en la fiesta de san Mateo, te pedimos, Señor,
que este santo banquete nos fortalezca
para seguir a Cristo con mayor fidelidad
y para proclamar con nuestra vida
la misericordia que hemos recibido.
Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor Jesucristo, que llamó a san Mateo con amor misericordioso, los mire con bondad
y los fortalezca para seguirlo fielmente. Amén.
Que les enseñe a reconocer su gracia en medio de la propia debilidad y los convierta en testigos de su compasión ante los demás. Amén.
Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, ✠ Hijo y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con su vida, y haciendo espacio en la mesa de la misericordia para todos los que encuentren en su camino.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

“Jesús no nos llama porque seamos dignos; nos llama porque es misericordioso. Llamados por la misericordia, somos enviados para convertirnos en instrumentos de esa misma misericordia para los demás.”

22 SEPT. 2026 – MARTES DE LA 25.^a SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO

Prov 21,1–6.10–13; Lc 8,19–21

INTRODUCCIÓN

Existe en el corazón humano un deseo silencioso de saber dónde pertenecemos realmente. Muchas personas pasan años buscando aceptación, reconocimiento o un lugar que puedan llamar hogar. Sin embargo, el sentido más profundo de pertenencia no nace simplemente de los lazos de sangre, de la familiaridad o de una historia compartida. Nace cuando los corazones se unen por algo más grande que ellos mismos.

En el Evangelio de hoy, Jesús revela que su verdadera familia está formada por aquellos que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica. Él abre la puerta a una comunión más profunda que los vínculos naturales: una familia reunida en torno a la obediencia, la fe y la confianza en la voluntad del Padre.

Las lecturas de hoy nos invitan a examinar el terreno de nuestro corazón. ¿Somos receptivos a la Palabra de Dios?

¿Nos limitamos a escucharla o permitimos que modele nuestras decisiones, nuestras relaciones y nuestra vida cotidiana? La Palabra de Dios solo da fruto en los corazones dispuestos a recibirla con perseverancia. Y así, al presentarnos ante el Señor, reconocemos las veces en que hemos resistido su Palabra, endurecido nuestro corazón o preferido nuestros propios planes a los suyos. Pidamos misericordia y preparémonos para celebrar estos santos misterios.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú nos llamas a pertenecer a tu familia escuchando la Palabra de Dios y viviéndola fielmente:
Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú siembras pacientemente la semilla de tu Palabra incluso en los corazones que tardan en acogerte:
Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, Tú reúnes en una sola familia a todos los que perseveran en cumplir la voluntad del Padre:
Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, ablande la dureza de nuestros corazones, nos ayude a recibir con fe y perseverancia su Palabra que da vida, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que reúnes a tu pueblo en una sola familia mediante la escucha y la vivencia de tu santa Palabra, concédenos recibir con corazón abierto la semilla que siembras dentro de nosotros, para que, por una obediencia fiel, demos frutos duraderos en nuestra vida.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Una mujer permanecía una vez de pie junto a la entrada de un salón donde se celebraba una fiesta. A través de la puerta abierta podía ver risas, comidas compartidas y cálidos abrazos. Sin embargo, dudaba en entrar. Se preguntaba si realmente pertenecía a aquel lugar o si seguía siendo una extraña observando desde fuera la alegría de los demás. Durante unos momentos permaneció en el umbral, insegura de si tenía derecho a cruzarlo.

En el Evangelio de hoy encontramos una escena semejante. La madre y los familiares de Jesús llegan buscando encontrarse con Él. Pero, en lugar de salir inmediatamente a recibirlos, Jesús se dirige a quienes están reunidos a su alrededor y redefine el significado mismo de pertenecer. «Mi madre y mis hermanos son aquellos que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen». No se trata de un rechazo a su familia, sino de la revelación de una comunión más profunda que está naciendo.

Aquí aparece claramente el hilo conductor del Evangelio: la verdadera familia se forma escuchando y poniendo en práctica la Palabra de Dios. Jesús no disminuye el valor de los vínculos naturales; los transforma en algo más amplio, más duradero y más profundamente arraigado en la voluntad del Padre.

Esta imagen se ilumina aún más si recordamos la parábola de la semilla. La Palabra de Dios es sembrada generosamente, pero solo da fruto allí donde es recibida con un corazón sincero y perseverante. En ese sentido, pertenecer a la familia de Jesús no es cuestión de sentimientos pasajeros, sino de receptividad: permitir que la Palabra eche raíces y transforme la vida desde dentro.

También encontramos aquí un desafío. Incluso aquellos que estaban más cerca de Jesús por lazos de sangre son invitados a una relación más profunda que no puede darse por supuesta. La familiaridad no basta; el verdadero acceso es el discipulado. La pregunta se dirige

silenciosamente a cada uno de nosotros: ¿escuchamos realmente la Palabra o simplemente oímos hablar de ella?

Se cuenta la historia de una joven maestra que comenzó a trabajar en una escuela de una comunidad muy unida. Durante los primeros meses se sintió como una extraña. Todos parecían conocerse desde hacía años. Sin embargo, poco a poco, al compartir la vida diaria, servir a los demás y participar en las actividades de la comunidad, descubrió que había llegado a formar parte de ella. Comprendió entonces que pertenecer no dependía de cuánto tiempo había estado allí, sino de involucrarse con generosidad en la vida compartida.

Jesús establece una distinción semejante. Su nueva familia no se define por el origen, la historia personal o los recuerdos compartidos, sino por la participación activa en la vida que Dios está realizando ahora. Quienes escuchan y responden a la Palabra se convierten en parte de la obra que Dios lleva adelante en el presente.

El Libro de los Proverbios añade hoy otra enseñanza: los planes humanos pueden estar cuidadosamente elaborados, pero es el propósito del Señor el que permanece para siempre. Por eso, escuchar la Palabra nunca es una actitud pasiva. Exige entrega, adaptación y, muchas veces, dejar de lado nuestras propias seguridades cuidadosamente construidas.

Un agricultor sembró semillas en dos campos. Uno había sido preparado cuidadosamente; la tierra estaba blanda y lista para recibirlas. El otro había quedado endurecido después de una larga temporada de sequía. Semanas más tarde, solo uno de los campos mostraba vida: brotes verdes que crecían con firmeza a pesar del viento y del calor. El otro seguía igual que antes. La diferencia no estaba en la semilla, sino en la disposición del terreno para recibirla.

Así sucede con la Palabra de Dios. Ella no busca admiración, sino acogida; no busca cercanía superficial, sino transformación. Y quienes permiten que crezca dentro de ellos se convierten, silenciosa y constantemente, en la

familia de Cristo.

Por eso el Evangelio no nos deja lejos de Jesús, sino en el umbral de la pertenencia. La misma Palabra que reunió a los discípulos en torno a Él continúa reuniéndonos hoy. Si la escuchamos y la guardamos, ya no somos simples observadores de su vida, sino participantes de ella.

Se cuenta finalmente la historia de un jardín abandonado durante muchos años. Un día regresó un anciano jardinero y comenzó a trabajar nuevamente la tierra. Los vecinos pensaban que era inútil, porque nada había crecido allí durante largo tiempo. Sin embargo, él perseveró, sembrando con paciencia. Pasaron los meses y aparecieron pequeños brotes; luego flores y finalmente frutos. Quienes habían dudado empezaron a preguntarse cuándo había ocurrido aquel cambio. El jardinero respondió sencillamente: «Todo comenzó el día en que la tierra se dejó recibir».

Así también sucede con nosotros: la familia de Jesús se forma silenciosamente allí donde la Palabra es acogida, guardada y permitida dar fruto.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, al ofrecer estos dones al Señor, nuestros corazones estén cada vez más dispuestos a recibir su Palabra y para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, las ofrendas de tu pueblo
y concede que, alimentados por tu Palabra
y fortalecidos por estos dones sagrados,
lleguemos a ser miembros fieles de la familia de Cristo,
dando fruto mediante una vida de obediencia y amor.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo,
Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro.
Porque en Él nos has llamado
a una nueva comunión de gracia,

fundada no solamente en vínculos terrenos,
sino en corazones que escuchan y obedecen tu Palabra.
Por medio de su enseñanza y de su ejemplo,
reúnes a personas de todas las naciones
en la familia de la fe, formando un solo pueblo unido
en el amor y la perseverancia.
Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y las Dominaciones,
y con todos los coros y potestades del cielo,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar: **Santo, Santo, Santo...**

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su
divina enseñanza, que nos reúne en la familia de Dios, nos
atreveremos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males
y ablanda aquellos lugares de nuestro corazón
que todavía resisten tu santa Palabra.

Concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
permanezcamos siempre fieles
en escuchar y cumplir tu voluntad,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, Tú que reúnes en una sola familia
a todos los que escuchan tu voz y siguen tu camino,
no tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia,
y concédele, según tu voluntad, la paz y la unidad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
que no solo nos llama a seguirlo,
sino también a pertenecer a su familia
por la fe y la obediencia.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

El Señor nos ha hablado por medio de su Palabra y nos ha alimentado con su Cuerpo. La semilla ha sido sembrada una vez más. La cuestión ya no es si Dios habla, sino si nuestros corazones permanecen suficientemente abiertos para recibirlo.

Pertenecer a Cristo no consiste simplemente en estar cerca de Él, sino en permitir que su Palabra eche raíces dentro de nosotros y modele nuestra manera de vivir. Silenciosa y constantemente, Él nos forma como su familia cada vez que escuchamos, confiamos y perseveramos.

Que la Eucaristía que hemos compartido nos fortalezca para convertirnos en tierra fértil, dando testimonio mediante vidas transformadas por la Palabra que hemos recibido.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Concédenos, Señor,
que por la fuerza de este sacramento
crezcamos cada vez más profundamente
en la vida de tu Hijo,
escuchando su Palabra con corazones atentos
y llevándola fielmente a la práctica.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga y los mantenga firmes en su Palabra. Amén.
Que haga de sus corazones tierra fértil, preparada para recibir su gracia y producir frutos duraderos. Amén.
Que los incorpore cada vez más profundamente a la familia de Cristo mediante una vida de fe y obediencia. Amén.
Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, glorificando al Señor con su vida, escuchando su Palabra y poniéndola en práctica.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Pertenecer a Cristo no depende de una cercanía externa ni de un nombre familiar, sino de un corazón que recibe su Palabra y permite que ella dé fruto en la vida de cada día.

23 de septiembre de 2026 – Miércoles de la 25.^a

Semana del Tiempo Ordinario

San Pío de Pietrelcina; Prov 30,5–9; Lc 9,1–6

INTRODUCCIÓN

Un guardián de faro contó una vez que había noches en las que las tormentas se levantaban con tanta violencia que el mar y el cielo parecían fundirse en un solo rugido oscuro. Desde su pequeña torre, tenía una sola tarea: mantener encendida la luz. Nunca salía para calmar las aguas, nunca controlaba los barcos, nunca cambiaba el clima. Sin embargo, muchos marineros testificaron después que fue precisamente aquella luz constante la que les salvó la vida.

Hay algo silenciosamente poderoso en una fidelidad tan escondida. Refleja la vida de San Pío de Pietrelcina, quien vivió gran parte de su ministerio en la humildad y el sufrimiento, pero llegó a ser una luz orientadora para innumerables almas mediante la oración, la confesión y el sacrificio. Como aquel faro, no dominó el mar de las luchas humanas, sino que señaló siempre hacia Cristo.

La Palabra de Dios de hoy nos habla de la sencillez, la confianza y la libertad frente a los excesos; de un corazón que no intenta controlarlo todo, sino que permanece abierto a la providencia de Dios. El libro de los Proverbios nos recuerda que no debemos buscar ni riquezas ni pobreza, sino el pan de cada día y un espíritu agradecido. San Pío vivió esta sencillez radical de confianza, permitiendo que Dios obrara a través de su propia debilidad.

Mientras nos preparamos para escuchar la llamada del Señor a la misión y a la dependencia de Él, reconocemos cuántas veces confiamos más en nosotros mismos que en su gracia. Volvamos ahora la mirada hacia nuestro interior y reconozcamos nuestra necesidad de misericordia al comenzar esta Eucaristía con el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú enviaste a tus discípulos a anunciar el Reino en la pobreza confiada y en la fe humilde:
Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú nos enseñas a recibir con gratitud y a depender de la providencia del Padre: Cristo, ten piedad.
Señor Jesús, Tú liberas nuestros corazones del miedo, del exceso y de la autosuficiencia para que podamos seguirte con mayor fidelidad: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso nos libere de las cargas que nos impiden confiar en Él, nos fortalezca para vivir con sencillez y corazones agradecidos, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que enseñaste a San Pío de Pietrelcina a seguir a Cristo con humilde confianza, sufrimiento paciente y servicio generoso, concédenos también a nosotros caminar con ligereza por este mundo, apoyados en tu providencia y acogiendo tu gracia con corazones agradecidos, para que nuestras vidas lleguen a ser signos de tu Reino para los demás.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Se cuenta que un peregrino emprendió una larga caminata hacia un santuario llevando una mochila repleta de objetos que consideraba indispensables. Al avanzar, el peso se hizo cada vez más difícil de soportar. En una de las paradas, un anciano le preguntó: “¿Llevas lo que necesitas para el camino o llevas todo aquello que temes perder?”. Aquella pregunta le hizo reflexionar. Revisó su equipaje y dejó atrás muchas cosas innecesarias. A partir de ese momento, el camino se volvió más ligero y también más alegre.

Esto se parece mucho a lo que Jesús pide a los Doce en el Evangelio de hoy. Los envía con casi nada, invitándolos a confiar no en las posesiones, sino en la providencia; no en el control, sino en la confianza. El hilo conductor de esta misión es una misión vivida en la pobreza confiada y

en la acogida agradecida. San Pío de Pietrelcina comprendió profundamente esta verdad: aunque era físicamente frágil y a menudo enfrentó incomprendiones y oposiciones, fue espiritualmente fecundo porque no confió en sí mismo, sino en el poder de Dios actuando en su debilidad.

Jesús también les dice que permanezcan donde sean recibidos y que no vayan de casa en casa. Hay aquí una gran sabiduría sobre aprender a recibir lo que se nos ofrece en lugar de estar buscando constantemente algo mejor. Con frecuencia vivimos inquietos, pensando que la próxima situación, la próxima relación o el próximo lugar nos dará una satisfacción mayor. Sin embargo, como decía San Agustín, nuestro corazón permanece inquieto hasta que descansa en Dios.

Por eso, los discípulos están llamados no solamente a dar, sino también a recibir: aceptar la hospitalidad, depender de los demás y reconocer la acción de Dios a través de personas sencillas. Esto desafía nuestro instinto de

independencia. La vida en Cristo no es una autosuficiencia solitaria, sino una dependencia compartida. Incluso San Pío, dotado de grandes dones espirituales, vivió en profunda comunión con quienes buscaban su consejo y sus oraciones.

Jesús les concede autoridad sobre los demonios y poder para sanar. Sin embargo, esta autoridad es confiada a instrumentos frágiles. El Evangelio no se difunde por la fuerza de las posesiones, sino por la fuerza de la fe. De esta manera, el poder de Dios se hace visible precisamente en la limitación humana.

El libro de los Proverbios expresa la misma actitud cuando dice: “No me des pobreza ni riqueza; dame solamente el pan que necesito”. Es una oración de equilibrio, de un corazón libre tanto del orgullo como de la desesperación. San Pío de Pietrelcina encarnó este equilibrio: pobre en autosuficiencia, pero rico en gracia; oculto en el sufrimiento, pero radiante en fecundidad espiritual.

Existe una paradoja sorprendente en la misión cristiana: cuanto menos nos aferramos a las cosas, más libremente podemos amar; cuanto menos intentamos controlarlo todo, más espacio damos a Dios para actuar. Los Doce descubren que son más eficaces cuando llevan menos cargas. Lo mismo ocurre con nosotros. La fe crece no mediante la acumulación, sino mediante la entrega.

Una sencilla historia cuenta que un pájaro vivió durante años en una hermosa jaula. Un día, la puerta quedó abierta. Aunque al principio dudó, finalmente se lanzó al cielo abierto. Descubrió no una pérdida, sino una libertad nueva: la libertad de vivir como había sido creado para vivir. Así también nosotros, cuando soltamos aquello que nos ata —nuestros miedos excesivos, nuestros deseos de control y nuestras falsas seguridades— comenzamos a descubrir el amplio horizonte de la misión de Dios. Como aquel pájaro, como los Doce, como San Pío, estamos llamados a vivir con ligereza, confiar profundamente y permitir que Dios sea suficiente para nosotros.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, confiando no en nuestras propias fuerzas sino en la providencia de Dios, estos dones que presentamos con corazones agradecidos sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, acepta las ofrendas de tu pueblo y enséñanos, por medio de este santo misterio, a no buscar seguridades terrenas ni riquezas pasajeras, sino el pan de cada día que procede de tu mano amorosa. Que el ejemplo de San Pío nos inspire a ofrecernos a nosotros mismos con sencillez, confianza y alegre entrega. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Porque llamas a tus siervos a anunciar el Evangelio no mediante el poder del mundo, sino mediante la fe confiada

y la humilde dependencia de tu gracia. En la vida de los Apóstoles y de San Pío de Pietrelcina revelas que los corazones liberados de la autosuficiencia se convierten en instrumentos de sanación, misericordia y paz.

Por medio de vidas marcadas por la sencillez y la entrega, muestras al mundo que tu poder resplandece con mayor claridad en la debilidad humana y que quienes confían en Ti no carecen de nada verdaderamente necesario. Por eso, con los ángeles y los santos, te alabamos proclamando sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a pedir el pan de cada día para corazones confiados y la gracia de depender siempre de nuestro Padre celestial:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de toda carga que nos mantiene prisioneros del miedo y de la autosuficiencia, y concédenos bondadosamente la paz en nuestros días, para que, confiando en tu providencia y libres de preocupaciones innecesarias, seamos testigos fieles del Evangelio mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que enviaste a tus discípulos con sencillez y confianza, enseñándoles a llevar la paz a cada hogar que visitaran, no tengas en cuenta nuestros temores ni nuestras inquietudes, sino la fe de tu Iglesia, y concédele, según tu voluntad, la paz y la unidad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que se hizo pobre por nosotros y nos enseña a confiar plenamente en el Padre. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Los discípulos salieron llevando muy poco, pero regresaron enriquecidos por la gracia porque Cristo mismo era su fortaleza. En esta Eucaristía, también nosotros hemos recibido no una seguridad mundana, sino el Pan vivo que sostiene toda misión. San Pío nos recuerda que la santidad no nace de poseer mucho, sino de entregarlo mucho todo. Cuando permitimos que Dios sea suficiente para nosotros, nuestros corazones se vuelven más ligeros, más libres y más abiertos al amor.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que este sacramento celestial, Señor, nos fortalezca para caminar en una fe confiada y una gozosa sencillez. Así como alimentaste a San Pío con la gracia de la Eucaristía, enséñanos también a depender de tu providencia, a recibir tus dones con gratitud y a convertirnos en instrumentos de sanación y de paz en el mundo. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE Que el Señor libere sus corazones de toda carga que impida la confianza en Él. Amén.

Que les enseñe a vivir con sencillez, gratitud y plena confianza en su providencia. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, confiando poco en las cosas pasajeras de este mundo y profundamente en la providencia de Dios, glorificando al Señor con su vida.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

“Cuanto menos nos aferramos a las cosas, más libremente puede Dios obrar a través de nosotros.”

24 de septiembre de 2026 – Jueves de la 25.ª Semana del Tiempo Ordinario: *Ecl 1,2–11; Lc 9,7–9*

INTRODUCCIÓN

Una persona que viajaba diariamente al trabajo contó que tomó el mismo tren cada mañana durante más de diez años. Un día, por pura rutina, comenzó a contar los anuncios idénticos que había dentro del vagón, convencido de que nada cambiaba jamás. Pero aquella mañana subió una niña con su madre, riéndose de todo lo que veía. Más tarde, el hombre dijo que fue la primera vez en años que notó la luz del sol entrando por la ventana, y comprendió que el mundo no había cambiado; lo que había cambiado era su manera de mirarlo.

En las lecturas de hoy sucede algo parecido. El Eclesiastés contempla la vida y ve repetición, cansancio y monotonía: «Todas las cosas cansan... no hay nada nuevo bajo el sol». Herodes, en el Evangelio, oye hablar de Jesús, pero permanece atrapado en una curiosidad que no lo lleva a la conversión: está interesado, pero no cambia.

La misma realidad puede interpretarse de maneras radicalmente distintas: como carga o como bendición, como monotonía o como misterio. Mucho depende de los ojos del corazón: si están cerrados por la familiaridad cansada o abiertos a las discretas sorpresas de Dios en la vida ordinaria.

Al comenzar esta celebración, pidamos la gracia de reconocer dónde nuestra mirada se ha vuelto apagada o cínica, y preparémonos para encontrarnos con el Señor, que siempre es nuevo. Y así, volviéndonos hacia Él con sinceridad y humildad, comenzamos con el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú vienes a renovar los corazones que se han vuelto cansados e indiferentes: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, tú nos invitas a ir más allá de la simple curiosidad para entrar en un encuentro vivo contigo: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú abres nuestros ojos para reconocer tu presencia en los momentos ordinarios de la vida: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone las veces en que hemos permitido que la rutina, el cinismo o las distracciones cierren nuestro corazón a su presencia, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que revelas tu presencia viva
en los ritmos ordinarios de la vida humana,
concédenos no quedar atrapados
en el cansancio o en una curiosidad vacía,
sino abrir nuestro corazón a la gracia renovadora de tu
Hijo, para que, viendo con los ojos de la fe,
reconozcamos en Él
la novedad que da sentido y esperanza duraderos.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos.
Amén.

HOMILÍA

Un periodista escuchó rumores acerca de un sanador itinerante que recorría los pueblos del campo y decidió investigar. Esperaba encontrar una historia política o algún engaño ingenioso. Pero, mientras viajaba de aldea en aldea, seguía escuchando el mismo nombre: Jesús. Cuanto más oía hablar de Él, más desconcertado se sentía, no porque faltaran pruebas, sino porque no lograba decidir qué hacer con todo aquello.

Esto se parece mucho a Herodes en el Evangelio de hoy. San Lucas nos dice que estaba perplejo por todo lo que escuchaba y preguntaba: «¿Quién es este de quien oigo tales cosas?». Incluso deseaba ver a Jesús. Sin embargo, el deseo de Herodes permanece en el nivel de la curiosidad. Quiere una explicación, no un encuentro.

La primera lectura, tomada del Eclesiastés, nos ofrece otra perspectiva de la condición humana. Habla del cansancio, de los ciclos interminables y de la sensación de que nada es realmente nuevo. Cuando la vida se contempla únicamente desde esa perspectiva, incluso lo

extraordinario empieza a parecer ordinario, y la esperanza se desvanece silenciosamente en la rutina.

Entre la curiosidad de Herodes y el cansancio del Eclesiastés encontramos dos maneras deformadas de mirar la realidad: una que reduce a Jesús a un problema que debe resolverse, y otra que reduce la vida a una repetición sin sentido. Ambas dejan escapar la presencia de Dios que ya está actuando.

El hilo conductor que atraviesa la Palabra de hoy es este: cuando el corazón está cerrado, la vida se convierte en repetición; cuando el corazón está abierto, incluso la curiosidad puede convertirse en una puerta hacia el encuentro con Cristo vivo.

La tragedia de Herodes no es la ignorancia, sino el interés mal orientado. Escucha lo suficiente para sentirse intrigado, pero no lo suficiente para dejarse transformar. Más adelante, en el Evangelio de Lucas, cuando Jesús es finalmente llevado ante él, la curiosidad de Herodes termina convirtiéndose en burla. Lo que estaba destinado a ser una búsqueda se convierte en una oportunidad

perdida.

Los discípulos, en cambio, son invitados a algo más profundo que la curiosidad. No son simples observadores de Jesús, sino seguidores llamados a aprender una nueva manera de ver. Descubren que la «novedad» que el Eclesiastés no logra encontrar está presente en la persona misma de Cristo, que hace nuevas todas las cosas desde dentro.

Una mujer caminaba cada tarde por el mismo sendero cerca de su casa. Durante años pensó que aquel recorrido era siempre igual. Un día decidió caminar más despacio y comenzó a notar las flores silvestres, el canto de los pájaros y los cambios de color en el cielo al atardecer. Al regresar, comentó: «He pasado por aquí miles de veces, pero hoy siento que lo veo por primera vez». Así sucede también con la fe: cuando dejamos que Cristo abra nuestros ojos, descubrimos que Dios ha estado presente todo el tiempo.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que estos dones y la ofrenda de nuestras vidas, renovadas en la fe y la esperanza, sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, los dones que ponemos ante ti y transforma el cansancio de nuestros corazones en una confianza gozosa en tu providencia.

Que este sacrificio profundice nuestro encuentro con Cristo, para que reconozcamos tu presencia salvadora en los momentos ordinarios de la vida diaria.

Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque en cada época continuas hablando a tu pueblo,
no solamente mediante signos y prodigios admirables,

sino también a través de los ritmos silenciosos y fieles de la vida cotidiana.

Cuando el corazón humano se cansa
y comienza a ver solamente repetición y vacío,
tú revelas en tu Hijo la novedad de tu amor,
llamándonos a ir más allá de la curiosidad pasajera
para entrar en un encuentro vivo con Él.

En Cristo, lo ordinario es tocado por la gracia,
la esperanza es restaurada
y toda la creación es renovada desde dentro.

Por Él, los ciegos comienzan a ver,
el corazón que busca encuentra sentido,
y tu pueblo aprende nuevamente
a reconocer tu presencia en medio de él.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y las Dominaciones, y con todos los coros
celestiales, cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar: **Santo, Santo, Santo...**

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Jesús no permaneció como alguien a quien observar desde lejos, sino que se reveló como Aquel que nos introduce en una relación viva con el Padre. Con el corazón renovado por su presencia y confiando en su amor, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de toda ceguera del corazón,
del cansancio que apaga la esperanza
y de la curiosidad que nunca llega a convertirse en fe.
Concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
permanezcamos abiertos a tu presencia
y atentos a las discretas maneras en que renuevas
nuestra vida,
mientras esperamos la feliz esperanza
y la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo,
que recorriste los caminos ordinarios de la vida humana
para revelar la novedad del Reino de Dios;
no tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia,
y concédele la paz y la unidad
conforme a tu voluntad.
Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
este es Aquel que hace nuevas todas las cosas
y abre nuestros ojos a la presencia viva de Dios.
Dichosos los invitados a la cena del Cordero.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Gran parte de la vida puede parecer repetitiva y predecible, pero Cristo viene silenciosamente precisamente a esos lugares que con frecuencia pasamos por alto. En esta Eucaristía, el Señor se ha acercado una vez más, no como una idea lejana para ser analizada, sino como la presencia viva que renueva el corazón desde dentro.

Los discípulos aprendieron que seguir a Jesús significaba mirar de una manera diferente. El mismo mundo permanecía a su alrededor, pero nada era verdaderamente ordinario, porque Cristo estaba entre ellos. Que esta comunión nos ayude a reconocer que Dios sigue actuando en los momentos desapercibidos, en las rutinas familiares y en los rincones ocultos de nuestra vida cotidiana.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Concédenos, Señor, que por medio de este santo sacramento aprendamos a reconocer tu presencia con corazones renovados y espíritus atentos.

Líbranos de la indiferencia que nos impide ver tu gracia y ayúdanos a caminar cada día con la alegría de encontrarnos nuevamente con Cristo. Que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor renueve sus corazones para que reconozcan su presencia en los momentos ordinarios de la vida. Amén.

Que los libre del cansancio y de las distracciones vacías, y los llene de la alegría de una fe más profunda. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, glorificando al Señor al reconocer su presencia en todas las cosas.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«Cuando el corazón está cerrado, la vida se convierte en repetición; cuando el corazón está abierto, incluso lo ordinario se convierte en un lugar de encuentro con Cristo.»

25 de septiembre de 2026 – Viernes de la 25.ª Semana del Tiempo Ordinario: Ecl 3,1–11; Lc 9,18–22

En el tiempo de Dios, Cristo revela quién es Él y quiénes somos nosotros.

INTRODUCCIÓN

Una tarde, en un pequeño pueblo costero, el antiguo reloj de la torre dejó de funcionar repentinamente. A la mañana siguiente, nadie sabía con certeza qué hora era. Las tiendas abrieron tarde, se perdieron citas importantes y hasta el ritmo habitual de la vida cotidiana parecía extrañamente alterado. El pueblo no había perdido nada material, pero había perdido su sentido de orientación. El libro del Eclesiastés nos recuerda que hay “un tiempo para cada cosa bajo el cielo”. Sin embargo, también sabemos cuán fácilmente la vida puede volverse incierta cuando perdemos de vista aquello que da sentido a nuestros días. Atravesamos estaciones cambiantes, buscando claridad, propósito y esperanza.

En el Evangelio de hoy, Jesús plantea la pregunta decisiva: «Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?». Al responder a esa pregunta, comenzamos a comprender no solo quién es Cristo, sino también quiénes somos nosotros. En Él, nuestros momentos pasajeros son incorporados al plan eterno de Dios, y nuestra vida recibe dirección y significado.

Mientras nos preparamos para celebrar estos santos misterios, reconozcamos las veces en que no hemos sabido descubrir la presencia de Cristo, hemos ignorado su guía o hemos resistido el camino del amor al que nos llama. Con corazones humildes, busquemos su misericordia en el acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, tú revelas la presencia del Padre en las distintas etapas de nuestra vida: Señor, ten piedad. Cristo Jesús, tú nos enseñas que la verdadera grandeza se encuentra en el amor que se entrega y en el camino de la cruz: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, tú das sentido a nuestra vida y nos llamas a seguirte con confianza y valentía: Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone las veces en que no hemos sabido reconocer a Cristo en nuestra vida, nos fortalezca para seguirlo fielmente en toda circunstancia y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que en tu Hijo nos revelas
la plenitud de la verdad y el sentido de nuestra existencia,
concédenos que, reconociendo a Cristo como Señor,
lo sigamos con corazón confiado
en los tiempos de alegría y de prueba,
para llegar así a participar de la gloria de su Resurrección.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo
y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un visitante entró una vez en una tranquila sala de museo donde colgaba una sola pintura. Era una obra hermosa, pero no estaba firmada, y el vigilante comentó con indiferencia que era “solo una pintura antigua, de autor desconocido”. Más tarde llegó un experto que, con gran respeto, la identificó como una obra maestra perdida de uno de los más grandes pintores de la historia. Lo que parecía algo ordinario se reveló extraordinario cuando se conoció su verdadera identidad.

Esta tensión entre apariencia y realidad se encuentra también en el corazón del Evangelio de hoy. Jesús pregunta primero qué dice la gente acerca de Él. Las respuestas son respetuosas, pero incompletas: Juan el Bautista, Elías o alguno de los profetas. Perciben su grandeza, pero todavía no ven con claridad. Entonces llega la pregunta más profunda: «Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?». Pedro responde: «El Mesías de Dios». Es un momento decisivo, pero incluso esta confesión necesita ser purificada, porque Jesús revelará

un Mesías que no viene solamente con triunfo, sino también con amor sufriente.

Inmediatamente habla del Hijo del Hombre que debe padecer, ser rechazado, morir y resucitar al tercer día. No se trata de una corrección de la fe de Pedro, sino de una purificación de ella. La identidad de Jesús no puede separarse del camino de amor que se entrega totalmente por los demás.

La primera lectura del Eclesiastés nos recuerda que todo tiene su tiempo. Sin embargo, en Jesús descubrimos no solo las distintas etapas de la vida, sino también el significado que se encuentra dentro de ellas. Incluso el sufrimiento queda incorporado al tiempo de Dios y transformado desde dentro por su propósito divino.

San Lucas señala que este momento de revelación ocurre en un contexto de oración. Jesús no hace preguntas simplemente por curiosidad; las plantea desde su profunda comunión con el Padre. Su identidad no es una actuación para los demás, sino un don recibido en la relación con el

Padre, y desde esa profundidad conduce a otros hacia la verdad.

Para los discípulos, y también para nosotros, la pregunta no es teórica. Es personal y decisiva. Decir: «Tú eres el Mesías» significa también aceptar que seguirlo implica entrar en su camino de confianza, entrega y amor, un camino que no evita la cruz.

Por eso somos invitados a dejar que nuestras propias respuestas sean renovadas. No basta reconocer a Jesús como una figura histórica o un maestro de sabiduría; estamos llamados a reconocerlo como el Señor de nuestra vida, aquel que da sentido a nuestro tiempo y orientación a nuestras decisiones.

Un peregrino viajaba una vez hacia un santuario lejano. Durante el camino se encontró con un anciano sencillo que compartió con él alimento, conversación y palabras de aliento. El peregrino agradeció su compañía y continuó el viaje. Al llegar al santuario, descubrió que aquel anciano era una persona muy respetada por su profunda santidad

y por haber ayudado a innumerables personas durante años. Se dio cuenta de que había caminado junto a alguien extraordinario sin haber comprendido plenamente quién era. De manera semejante, el Evangelio nos deja una pregunta permanente: ¿cuántas veces caminamos cerca de Cristo sin reconocer verdaderamente quién es Él?

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, al presentar estos dones sobre el altar y confiar a Dios las distintas etapas y luchas de nuestra vida, nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, recibe los dones que te ofrecemos con fe, y por medio de este santo sacrificio enséñanos a reconocer más claramente a tu Hijo y a seguirlo con mayor fidelidad por el camino del amor que se entrega. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación
darte gracias siempre y en todo lugar,
Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.
Porque en tu sabiduría guías todos los tiempos y todas las etapas de la vida, y al llegar la plenitud de los tiempos revelaste a tu Hijo como el Mesías,
no solamente con poder terreno,
sino en humilde obediencia y amor salvador.
Por su sufrimiento y su resurrección
nos abriste el camino hacia la vida eterna,
enseñándonos que incluso las cruces que llevamos
pueden ser transformadas por tu gracia
en momentos de esperanza y redención.
Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y las Dominaciones,
y con todos los coros celestiales,
cantamos sin cesar el himno de tu gloria, diciendo:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Confiando en el Padre que guía cada etapa de nuestra vida y siguiendo al Hijo que se manifestó por medio del amor que se entrega, nos atrevemos a orar con las palabras que el mismo Jesús nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos de todos los males, Señor,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, en medio de los cambios y desafíos de la vida,
permanezcamos firmes en el reconocimiento de tu Hijo
y fieles en el seguimiento del camino que Él nos señala,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que revelaste tu gloria por medio del amor humilde y trajiste la paz mediante el misterio de la cruz; no tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia, y concédele, conforme a tu voluntad, la paz y la unidad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios,
este es quien revela la plenitud del amor de Dios
y da sentido a cada etapa de nuestra vida.
Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Cristo no pregunta solamente a las multitudes quién creen que es Él; nos hace esa misma pregunta a cada uno de nosotros personalmente. En esta Eucaristía hemos encontrado a Aquel que camina con nosotros en todas las etapas de la vida. Él entra en nuestras alegrías y sufrimientos, en nuestras certezas y confusiones, y les da sentido con su presencia. Reconocerlo verdaderamente significa permitir que nuestra vida sea moldeada por su amor, por su cruz y por su esperanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Concédenos, Señor, que, alimentados por estos santos misterios, crezcamos en el conocimiento de tu Hijo y lo sigamos fielmente a lo largo de todas las etapas de

nuestra vida, hasta participar plenamente de la alegría de su Resurrección. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los guíe en cada etapa de la vida, les ayude a reconocer más profundamente a Cristo cada día y los fortalezca para seguirlo con valentía y confianza. Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, ✠ Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA Pueden ir en paz, glorificando al Señor al reconocer a Cristo en su vida diaria y siguiéndolo fielmente en cada etapa de la vida.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Reconocer quién es verdaderamente Cristo transforma nuestra manera de comprender cada etapa de nuestra vida. En el tiempo de Dios, Cristo revela tanto su identidad como nuestra propia vocación: seguirlo con confianza, amor y esperanza, incluso por el camino de la cruz.

26 de septiembre de 2026 – Sábado de la 25.^a Semana del Tiempo Ordinario

Ecl 11,9–12,8; Lc 9,43b–45

INTRODUCCIÓN

Un anciano artesano recibió una vez de su nieto un reloj de bolsillo roto. El muchacho lo había dejado caer y las agujas se habían detenido. Día tras día, el anciano trabajó silenciosamente en su banco de trabajo, abriendo diminutos tornillos que nadie más podía ver, limpiando resortes ocultos y volviendo a ensamblar cuidadosamente lo que parecía imposible de reparar. Para el niño que observaba, gran parte de lo que hacía su abuelo no tenía sentido; parecía más desorden que restauración. Sin embargo, con el tiempo, el reloj volvió a funcionar perfectamente.

Qohélet, en la primera lectura de hoy, nos recuerda que el tiempo mismo es frágil y pasajero: la juventud pasa, las fuerzas disminuyen y las estructuras en las que confiamos terminan por derrumbarse. La vida, en su belleza pasajera y en su lento declive, suele ser más misteriosa de lo que

estamos dispuestos a admitir.

También en el Evangelio nos encontramos con un misterio: Jesús habla de ser «entregado» al sufrimiento y a la muerte precisamente en el momento en que todos lo admiran. Los discípulos no pueden comprender cómo la gloria y el sufrimiento pueden ir juntos.

También nosotros nos encontramos muchas veces ante realidades que no podemos explicar: nuestro propio dolor, el sufrimiento de los demás, la incertidumbre de la vida. Y, como los discípulos, nos sentimos tentados al silencio y a la confusión. Por eso, conscientes de nuestros límites y de nuestra necesidad de la luz de Dios, nos dirigimos ahora a Él con corazones arrepentidos en este acto penitencial.

ACTO PENITENCIAL

Señor Jesús, Tú permaneces fiel incluso cuando no comprendemos tus caminos: Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, Tú entraste en el sufrimiento y lo transformaste por medio del amor: Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, Tú nos guías a través de los misterios de la vida con sabiduría paciente y esperanza:

Señor, ten piedad.

ORACIÓN DE ABSOLUCIÓN

Que Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, nos perdone las veces en que hemos dudado de su presencia en momentos de confusión y sufrimiento, nos fortalezca para confiar en su obra oculta dentro de nuestras vidas y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, cuya sabiduría supera toda comprensión humana, enséñanos a confiar en Ti cuando el camino de la vida parezca incierto y oculto a nuestros ojos.

Concédenos que, siguiendo a tu Hijo tanto en la alegría como en el sufrimiento, descubramos la obra silenciosa de tu gracia Salvadora que ya está actuando dentro de nosotros. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un grupo de estudiantes escuchaba con entusiasmo a un profesor que acababa de elogiar sus progresos. De repente, él les anunció que la siguiente etapa de aprendizaje implicaría un examen difícil que no comprenderían plenamente hasta mucho tiempo después. Confundidos, intercambiaron miradas inquietas. Los elogios los habían animado; el desafío los desconcertó. No podían mantener juntas ambas realidades.

En el Evangelio de hoy, los discípulos experimentan algo semejante. Justo después de presenciar la gloria de Jesús —sus curaciones, el asombro de la gente y la admiración que despertaba— lo oyen hablar de ser «entregado en manos de los hombres». El contraste es demasiado fuerte. No logran reconciliar el poder divino con el sufrimiento que se aproxima, y por eso permanecen en silencio, con miedo de preguntar.

La sabiduría del Eclesiastés profundiza aún más este realismo: «Acuérdate de tu Creador en los días de tu

juventud», antes de que llegue el deterioro, antes de que el cuerpo se debilite y el mundo pierda parte de su brillo. La vida avanza, cambia y se deshace de maneras que no podemos controlar. El autor elimina las ilusiones para que aprendamos a mirar con mayor profundidad.

Ambas lecturas nos enfrentan a la misma verdad: no todo en la vida puede comprenderse de inmediato. La gloria y el sufrimiento, los comienzos y los finales, la fortaleza y la decadencia están entretejidos de maneras que con frecuencia nos desconciertan. Como los discípulos, deseamos claridad; como Qohélet, se nos recuerda que tenemos límites.

Y, sin embargo, debajo de esta tensión corre un hilo oculto: una sabiduría divina que no siempre es visible en la superficie. Podemos llamarlo el hilo rojo: confiar en Dios en medio de aquello que no comprendemos. No es un lema que elimine el misterio, sino un hilo que nos sostiene dentro de él.

Jesús mismo no elimina el sufrimiento con explicaciones; entra en él. Su camino hacia Jerusalén revela que Dios no está ausente de aquello que nos desconcierta. Más bien, está presente en ello, realizando la salvación de una manera que solo el tiempo —y la eternidad— podrán revelar plenamente.

Los discípulos comprenderían mucho más tarde, después de la Resurrección, que aquello que parecía una derrota era en realidad la expresión más profunda del amor. Lo que parecía desorden era la redención obrando silenciosamente.

Un agricultor sembró una vez semillas en la tierra oscura y las cubrió sin que hubiera señal alguna de crecimiento inmediato. Pasaron semanas sin que nada apareciera sobre la superficie. Sin embargo, debajo de la tierra, la vida ya estaba despertando y las raíces se formaban en silencio. Lo que no podía verse no estaba ausente; estaba creciendo. Así también sucede en nuestras vidas: Dios suele actuar con mayor intensidad precisamente cuando menos visible parece.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Oren, hermanos y hermanas, para que, confiando en Dios incluso en aquello que no comprendemos plenamente, nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Recibe, Señor, los dones que colocamos sobre tu altar, y en tu misericordia transforma nuestra incertidumbre en confianza y nuestra debilidad en una fe firme y perseverante.

Así como estas ofrendas son transformadas por tu gracia, haz que nuestros corazones aprendan a reconocer tu presencia oculta actuando en todas las cosas. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Porque con tu sabiduría guías el curso de la vida humana,

enseñándonos a través de los años que pasan
que nuestra esperanza no se apoya en lo que se
desvanece, sino en tu amor eterno.

Cuando nos sentimos confundidos por el sufrimiento,
nos revelas en Cristo que ninguna oscuridad carece de
sentido y que ninguna cruz está privada de la promesa de
la resurrección.

Por su entrega en manos de los hombres,
hiciste surgir la victoria de la salvación,
mostrando que tu gracia suele estar actuando
precisamente donde menos esperamos verla.

Por eso, con los Ángeles y los Arcángeles,
con los Tronos y las Dominaciones,
y con todos los coros y potestades celestiales,
cantamos el himno de tu gloria,
diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor...

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Confiando en el Padre, cuya sabiduría nos guía
silenciosamente incluso a través de los misterios e
incertidumbres de la vida, y siguiendo la enseñanza de su
Hijo, nos atrevemos a decir:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males,
y fortalécenos cuando los misterios de la vida pesen sobre
nosotros.

Concédenos la gracia de confiar en tu providencia occulta
y de perseverar en la esperanza en medio del sufrimiento
y la incertidumbre, mientras esperamos la gloriosa Venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, que enseñaste a tus discípulos a no
temer el camino que conduce a través del sufrimiento
hacia la gloria, no tengas en cuenta nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad
conforme a tu voluntad. Tú que vives y reinas por los
siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es el Cordero de Dios, que entró en el misterio del sufrimiento para revelar la plenitud del amor divino.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Gran parte de la obra de Dios dentro de nosotros sucede silenciosamente, bajo la superficie y más allá de nuestra comprensión inmediata. Como la semilla escondida en la tierra, la gracia suele crecer de manera invisible antes de dar fruto. En esta Eucaristía, Cristo nos fortalece no con respuestas fáciles, sino con su presencia permanente. Él camina con nosotros a través del misterio, enseñándonos a confiar en que, incluso ahora, Dios está sacando vida de aquello que parece oculto o sin resolver.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que este sacramento celestial, Señor,
permanezca activo dentro de nosotros,
fortaleciendo nuestros corazones para confiar en Ti
en los momentos de incertidumbre y prueba.

Ya que nos has alimentado con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, ayúdanos a seguirlo fielmente hasta que la obra oculta de tu Gracia llegue a su plenitud en la alegría eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN SOLEMNE

Que el Señor los bendiga y los proteja. Amén.

Que fortalezca sus corazones para confiar en Él
cuando el camino de la vida sea incierto o difícil. Amén.

Que les ayude a reconocer su gracia silenciosa
que ya está actuando en sus vidas. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso,

Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo,

descienda sobre ustedes y permanezca para siempre.
Amén.

DESPEDIDA

Pueden ir en paz, confiando en que Dios está actuando
incluso en los misterios que todavía no comprenden.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

Lo que parece oculto, retrasado o confuso en nuestra vida puede ser precisamente el lugar silencioso donde Dios está haciendo florecer su gracia.